

Culturas 18

Debates y perspectivas de un mundo en cambio



Revista del Centro de Investigaciones en Estudios
Culturales, Educativos, Históricos y Comunicacionales
Facultad de Humanidades y Ciencias

UNIVERSIDAD NACIONAL DEL LITORAL
Santa Fe, Argentina, 2024





Universidad Nacional del Litoral

Enrique Mammarella

Rector

Ivana Tosti

Directora Ediciones UNL

Laura Tarabella

Decana Facultad de Humanidades
y Ciencias

© ediciones **UNL**

Secretaría de Planeamiento Institucional
y Académico. UNL. Santa Fe. Argentina.

Coordinación editorial: Ma. Alejandra Sadrán

Diseño: Julián Balangero

Facundo Zuviría 3563 (3000) Santa Fe,
Argentina
editorial@unl.edu.ar
www.unl.edu.ar/editorial

Culturas 18 se diagramó en Ediciones UNL,
Santa Fe, Argentina, diciembre de 2024.

El alcohol, la negación, la vida. Una mirada desde el género en *The Trip to Echo Spring*, de Olivia Laing

Paula Sedran

Universidad Autónoma de Entre Ríos – CONICET

sedranpaula@gmail.com

<https://doi.org/10.14409/culturas.2024.18.e0048>

Resumen

El presente ensayo recorre las relaciones entre alcohol, literatura y subjetividad que emergen en *El viaje a Echo Spring. Sobre escritores y bebida* (2013), de Olivia Laing. Considera, desde una perspectiva de género, cuáles son las huellas culturales que tabican las representaciones sobre una práctica ubicua en el siglo xx occidental, el consumo de alcohol, en una pieza literaria de no-ficción y que forma parte de un corpus literario internacional que puede considerarse como hegemónico. Se trata de un ejercicio crítico contenido en el interrogante más amplio de cómo el alcohol participa del imaginario cultural occidental a lo largo del siglo xx. Dicha búsqueda es fruto de indagaciones previas, centradas en la historia sociocultural del alcohol en Argentina y de la comprobación de cuán gravitantes resultan los preceptos culturales de los investigadores del campo. En función de ello se propone una reflexión ensayística que

Palabras clave:

alcoholismo, literatura, perspectiva de género

El alcohol, la negación, la vida. Una mirada desde el género en *The Trip to Echo Spring*, de Olivia Laing.
Paula Sedran
Facultad de Humanidades, Ciencias Sociales y Artes. Universidad Autónoma de Entre Ríos - Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas



se pregunta por las representaciones sobre el alcohol presentes en una obra específica, considerando los aspectos estéticos y sociales de dichas representaciones y con el horizonte de contribuir a la reflexión sobre los condicionantes culturales de los sentidos sociales de una práctica omnipresente como es el consumo de alcohol.

Alcohol, denial, life. A gender perspective in Olivia Laing's, *The Trip to Echo Spring*

Abstract

This essay explores the relationships between alcohol, literature, and subjectivity that emerge in *The Trip to Echo Spring* (2013) by Olivia Laing. From a gender perspective, it considers which cultural traces shape representations of alcohol consumption in 20th-century Western literature, within a non-fiction literary piece that is part of the hegemonic corpus of international literature. It is a critique contained within the broader question of how alcohol contributes to Western cultural imagery throughout the 20th century.

Such a search is the result of previous investigations, focused on the socio-cultural history of alcohol in Argentina, and the verification of how influential cultural preconceptions are for researchers in this field.

Based on the above, an essay-style reflection is proposed, examining representations of alcohol in a specific work. This reflection considers the aesthetic and social aspects of these representations, with the aim of contributing to a broader reflection on the cultural conditioning of social meanings attached to an omnipresent practice like alcohol consumption.

Keywords:

alcoholism, literature, gender perspective

O álcool, a negação, a vida. Uma abordagem desde o gênero em *The TriptoEcho Spring*, de Olivia Laing

Resumo

O presente ensaio percorre as relações entre álcool, literatura e subjetividade que surgem em *El viaje a Echo Spring Sobre escritores y bebida* (2013), de Olivia Laing. Considerando, a partir de uma perspectiva de gênero, quais são as marcas culturais que moldam as representações sobre uma prática ubíqua no século xx ocidental, o consumo de álcool, em uma obra literária de não ficção e que faz parte de um corpus literário internacional que pode ser considerado hegemônico. Trata-se de um exercício crítico contido na questão mais ampla de como o álcool participa do imaginário cultural ocidental ao longo do século xx. Esta pesquisa é resultado de investigações prévias, focadas na história sociocultural do álcool na Argentina e na constatação de quão influentes são os preconceitos culturais dos pesquisadores da área. Com base nisso, propõe-se uma reflexão ensaística que indaga sobre as representações do álcool presentes em uma obra específica, considerando os aspectos estéticos e sociais dessas representações e visando contribuir para a reflexão sobre os condicionantes culturais sobre os significados sociais de uma prática onipresente como o consumo de álcool.

Palavras-chave:

alcoholismo, literatura, perspectiva de gênero

Introducción

A medida que construimos nuestro infierno, ciertamente debería gustarnos.

Ernest Hemingway

El presente escrito recorre las relaciones entre alcohol, literatura y subjetividad que emergen (Ahmed, 2014) en *El viaje a Echo Spring. Sobre escritores y bebida* (2013), de Olivia Laing. Considera desde una perspectiva de género, cuáles son las huellas culturales que tabican las

representaciones sobre una práctica ubicua en el siglo xx occidental, el consumo de alcohol, en una pieza literaria de no-ficción, parte de un corpus hegemónico de la literatura internacional. Se trata de un ejercicio reflexivo contenido en el interrogante más amplio de cómo el alcohol participa del imaginario cultural occidental a lo largo del siglo xx (Barreiro, 2017).

Dicha búsqueda es fruto de indagaciones previas, centradas en la historia sociocultural del alcohol en Argentina (Sedran, 2024 y 2021). Específicamente, de la comprobación de cuán gravitantes resultan los preconceptos culturales de quienes investigamos este campo de la historia (Sedran, 2021). Es, por lo tanto, una reflexión ensayística que se pregunta por los condicionantes culturales de la producción académica y que aloja, en la génesis de la búsqueda realizada, preguntas sobre la propia posicionalidad (latinoamericana, femenina, de clase media y blanca) de quien escribe. En efecto, como se verá, el libro revisado no contiene un tratamiento explícito de las problemáticas en que detiene este texto: de hecho, la elección del libro de Laing tuvo que ver con esa *ausencia* y con la necesidad de identificar marcadores que relacionan género, bebida y literatura en producciones que, como *El viaje a Echo Spring*, las evaden.

La historia del alcohol en Latinoamericana presenta ciertos a priori recurrentes,

como por ejemplo, la noción de que el alcohol es, primero y principalmente, un tema que pertenece al *problema del orden social* (Salvatore y Barreneche, 2013). Es difícil hallar, amén de honrosas excepciones¹, trabajos que consideren los procesos de alcoholización en sus dimensiones integrativas (Heath, 1987; Douglas, 1987); en otras palabras, sus usos sociales no problemáticos en función de las relaciones sociales de sentido y de poder (ceremoniales, de sociabilidad, de interacción personal no violenta, festivos, entre otros). Desde la antropología se advierte que los aspectos problemáticos del alcohol no pueden asirse críticamente si no son situados en el universo cultural del cual participan, lo cual implica, necesariamente, dar cuenta de los sentidos y prácticas considerados normales (Menéndez, 2020; Room, 2001).

Esta advertencia implica tanto al enfoque aplicado sobre el objeto (en nuestro caso, el consumo de alcohol de una sociedad pasada reconociendo allí sus sentidos negativos y aceptados) como al imaginario sobre el alcohol de quien investiga, el cual se nutre en buena medida de los propios usos sociales y consumos culturales. Es este último condicionamiento latente el que ha orientado nuestra curiosidad hacia el reconocimiento de marcadores en el universo cultural contemporáneo.

1. Los trabajos de Thierry Saignes (1983) constituyen sin dudas un parteaguas en términos de la potencialidad de la disciplina histórica de lidiar con su propio etnocentrismo.

Los estudios de género aportan categorías desafiantes para abordar un objeto opaco² como es el alcohol, en una fuente literaria. En primera instancia, plantean la necesidad de tomar estas piezas en su dimensión estética como en su sentido social (Vivero Marín, 2016), para así poder reconocer la performatividad de las producciones culturales en su entorno. Por ejemplo ¿qué representaciones negativas y positivas del alcohol tomamos y hacemos propias de las historias que leemos? A su vez, permiten echar luz sobre un aspecto particularmente útil al analizar el tópico del alcohol: la gravitación de la corporalidad y del cuerpo fenoménico, como punto de partida de toda representación producida por el sujeto-cuerpo que significa el mundo. En este sentido, la perspectiva de género dota de corporeidad a la subjetividad de quien significa y ese es un punto de partida necesario para abordar un objeto como el alcohol que, por definición, ata la experiencia sensorial que éste produce con las representaciones valorativas, intelectuales y culturales subsiguientes.

El reconocimiento del género como relación social primaria (Scott, 2009),

como constructo social que, al menos en su aspecto normativo, organiza y representa la vida social a partir de la diferencia sexual, permite asir no sólo el efecto de dicha clasificación en la dimensión simbólica sino también aquello que permanece fuera del discurso social (Angenot, 2010) como exceso, como trauma potencial, que, de no ser contenido, puede romper o desestabilizar cualquier representación de lo real (Gamba y Diz, 2019). Por lo tanto, ello permite considerar la performatividad de las emergencias del deber ser y del deber hacer en las producciones culturales, de acuerdo con la citada organización primaria de roles e identidades. Finalmente, resulta adecuado realizar dicha indagación en un texto literario, considerado por los estudios de género como un registro no solo locutivo sino perlocutivo (Ahmed, 2014), en tanto se lo entiende como una de las fuentes sociales de producción y reproducción de representaciones sociales. De esta manera:

El género contribuye a plantear una nueva dinámica de aproximación crítico-analítica a partir del lenguaje, las estructuras y los

2. Desde mediados del siglo XIX, en el marco de la mundialización de la revolución industrial y la colonialidad del saber (Lander, 2000), las sociedades occidentales han establecido sentidos en torno al alcohol que articulan relaciones específicas de visibilización e invisibilización de su consumo. En particular, pueden reconocerse oposiciones inestables (parciales, en ocasiones superpuestas) entre los discursos sobre los consumos privados y públicos, masculinos y femeninos, moderados y desmesurados, distinguidos y populares, entre otros (Dietler, 2006; Room, 2001). En el registro simbólico, dicha opacidad adquiere la forma de una preeminencia de los discursos condenatorios de la ingesta de alcohol que no tiene correlación directa con las prácticas sociales dominantes de dicho consumo (Menéndez, 2020).

recursos retóricos, presentes en las obras literarias, ya que propone que estos elementos se implican necesariamente en la conformación de la realidad social. De igual forma, la teoría literaria feminista presupone el efecto estético del texto literario en correspondencia con las subjetividades que atraviesan los cuerpos sexuados y que determinan la producción y recepción de la literatura (Vivero Marín, 2016:115).

Siguiendo a Butler (2006), entonces, se considera al reglamento de género como la condición primaria de inteligibilidad cultural.

Conceptualmente, el alcohol es también exceso, pues la experiencia de la alcoholización es tanto lo dicho como aquello que permanece latente, su riesgo de exceso. Es virtualmente imposible hallar una notación contemporánea sobre el alcohol que no considere la amenaza de dicho exceso (Room, 2001; Heath, 1987). Su ingesta implica una relación necesaria entre la experiencia física, sobre el cuerpo, sus efectos psíquicos, emocionales y subjetivos y su dimensión cultural, en tanto el sujeto—cuerpo actúa en un entorno social determinado y es representado por éste (Menéndez, 2020). El beber es, necesariamente, una práctica moderada o desmesurada.

Finalizamos esta presentación señalando que, como fenómeno cultural, el

alcohol puede considerarse una metáfora del archivo, en el sentido que le da Jacques Derrida, como comienzo y como mandato; esto es, ese lugar en que la historia encuentra su comienzo, pero también en el cual se establece un orden: uno que jerarquiza, que muestra y que decide qué ocultar (Derrida, 1997). Así, la experiencia del alcohol sobre el sujeto—cuerpo contiene siempre el par de opuestos de lo socialmente visible y de aquello que los sujetos ocultan, sea por vergüenza, por temor, por convenciones sociales o por negación. El libro de Olivia Laing se propone abiertamente como un archivo de lo que seis autores, Ernest Hemingway, John Cheever, John Berryman, Scott Fitzgerald, Tennessee Williams y Raymond Carter, consagrados por el campo literario, pero también atormentados por el alcohol, dijeron y escondieron sobre esa Gran Bestia (Laing, 2013: 34)³ que acompañó sus vidas y que emergió en su literatura.

En su libro hallamos el archivo (corpus) que Laing construye, como huellas del archivo cultural occidental, dentro del cual su obra constituye un producto cultural performático.

Por lo antedicho, en los apartados que siguen se sitúan los motivos de elección de la obra analizada, haciendo foco en su carácter representativo de una literatura

3. En adelante las citas textuales extraídas del libro *El viaje a Echo Spring. Sobre escritores y bebidas* (2013) de Olivia Laing, se encuentran señaladas con su número de página.

hegemónica; se reconocen en ella las emergencias de aquellos tópicos que nos interesa explorar en torno a las representaciones sociales del alcohol; finalmente, se retoman los puntos de contacto y divergencias que estas estrategias discursivas reconocidas en la obra de Laing tienen con la propia posicionalidad de quien investiga, en la ilusión de reconocer las influencias culturales que actúan sobre nosotros, como sujetos—cuerpo de un imaginario que, a pesar de nuestros esfuerzos colectivos de deconstrucción, persiste en su occidentalidad. En otras palabras, persiste sobre nosotros su ordenamiento de lo que puede, o no, ser dicho.

La obra, su pertinencia como pieza de hegemonía cultural

Importa señalar algunas características extratextuales y sociales del libro recorrido, con el objetivo de plantear la cuestión de su representatividad, en un sentido triple: como obra situada en el centro del campo cultural y editorial angloparlante; como una representación de la literatura y de los vínculos humanos de un grupo de autores consagrados por dicho campo

durante el siglo xx; finalmente, como una representación de una agente de dicho campo cultural y literario sobre escritores que comparten otra particularidad: su éxito fue equiparable a su alcoholismo.

Con dicho objetivo en mente, hemos considerado la posicionalidad de la autora, el objeto que desarrolla (autores consagrados por el campo literario del siglo xx) y el enfoque con que lo hace. Llamaron nuestra atención ciertos silencios de Laing⁴ en lo que, por otra parte, es un libro construido principalmente sobre opiniones, interpretaciones cáusticas sobre la adicción de estos hombres, comentarios sobre masculinidad, trauma y reflexiones sobre la propia biografía. Entre dichas ausencias, hallamos la de un abordaje explícito de la asimetría en las relaciones entre estos varones escritores y las mujeres de sus vidas y sus obras. ¿Cómo resuelve Laing, sin considerar las relaciones de género, el abordaje de las vidas tortuosas y acechadas por el alcohol de estos varones cuyos afectos, en sus propias voces, han sido la base de sus angustias? La respuesta es contundente: posicionándose en un lugar de

4. Respecto de la mirada de género sobre la cuestión del alcoholismo, como se plantea en la introducción estos silencios han contribuido a nuestra elección del texto abordado. Existe literatura desafiante, de escritoras consagradas, que brinda perspectivas incisivas y profundas sobre dicha relación. Por ejemplo en Argentina, puede destacarse *Black Out*, de María Moreno (2016). No obstante, uno de los factores que más disparó nuestra curiosidad sobre el texto de Laing es que para un tema atravesado a lo largo del siglo por la relación de género, el libro carezca de consideraciones explícitas sobre ello y, como desarrollamos, construya una identidad narrativa que también silencia dicha cuestión.

narrador en *off*, apelando a la autoridad de los discursos médico–psiquiátricos y voluntaristas centrados en el individuo racional, todos atributos que, de acuerdo con la crítica literaria feminista (Ahmed, 2014), pertenecen al individuo varón y que son la espina dorsal de la normativización sexuada de la lengua. Por lo tanto, la operación subjetiva que realiza Laing para establecer su perspectiva como narradora es, paradójicamente, la desubjetivación como escritora mujer (Ahmed, 2014), haciendo propia la voz del discurso médico, de la acción racional individual, que confluyen en imprimir en el lector la noción de que quienes estuvieron fuera de la norma (en este caso, los patológicos) eran los individuos.

Lo que llamamos ausencia en la identidad que Laing construye como narradora se hace visible en contraste con aquellos componentes identitarios que sí elige subrayar, fundamentalmente, los de nacionalidad y de clase. Estos hacen su aparición en la crónica de manera lateral, como si fuesen guiños al lector imaginado:

Años atrás, había llevado *All of Us*, la colección de poemas de Carver, a mis vacaciones en Grecia. Todavía quedaban pétalos de buganvillas y hojas de olivo apretadas entre las páginas (p. 211).

Vi una niña de la mano de una mujer portorriqueña, que asumí debía ser su niñera (p.37).

[al entrar en una reunión de Alcohólicos Anónimos] sentí esa reluctancia inglesa, dada por la sospecha ante las identidades grupales... (p. 36)

Por supuesto, no podría esperarse que, en un texto producido por alguien con su grado de formación académica y capital cultural, no haya gestos de aparente autocrítica. No obstante, las pocas entradas que hallamos en este sentido parecen ser giros discursivos de afectación, como en el siguiente pasaje, en que Laing comparte la impresión que sintió dentro de un vagón del tren en que viajaba a New Orleans:

No es frecuente, al menos en el Occidente privilegiado, que una se encuentre en una habitación llena de gente durmiendo. Hospitales, escuelas pupilas, asilos para *homeless*;⁵ ninguno he frecuentado mucho. (p. 70)

A los efectos del presente ensayo, puede considerarse a *El viaje a Echo Spring* como pieza de un campo literario hegemónico. Un campo que tiene la potestad de universalizar valores, convenciones de escritura, representaciones sobre la realidad;

5. Reproducimos el término en idioma original por el estigma con que carga en él, que no tiene traducción cultural en español.

cuya performatividad reside, a fin de cuentas, en poder universalizar su provincianismo (Lander, 2000). Confesadas las licencias tomadas, podemos realizar el ejercicio de considerar a este libro como una puerta de entrada al corazón de la cultura letrada occidental.

Olivia Laing es una escritora británica, nacida en 1977. Autora de libros de no ficción, ensayos y novelas,⁶ participa de las instituciones centrales del canon literario inglés, como la *Royal Society of Literature* y ha sido galardonada por su trabajo en numerosas ocasiones.⁷ En adición, es crítica cultural en medios como *The New York Times* y *The Guardian* y cuenta con un recorrido amplio por el mundo editorial angloparlante, como ser editora de libros para *The Observer* y haber producido catálogos para artistas renombrados de la talla de Andy Warhol.

Una revisión rápida de su historia profesional demuestra que se trata de una participante plena del mundo cultural hegemónico angloparlante. Laing ha

logrado participar de manera destacada del campo de la alta cultura editorial, artística y literaria y ha logrado su aprobación. A partir de ello, sus obras ganaron visibilidad internacional y se hicieron accesibles a un público global. En otras palabras, puede situarse a la autora y a su obra en un lugar de privilegio relativo, pensado en términos interseccionales⁸ lo cual sin dudas reportará en posibles interpretaciones sobre la presencia o ausencia de determinadas marcas culturales y críticas en el libro analizado.

El viaje a Echo Spring comparte la hibridez que el género de no ficción presenta en su obra.⁹ Se trata de libros contruidos con elementos de crítica cultural y psicoanálisis a partir de archivos eclécticos, producidos sobre fuentes biográficas, cartas, noticias, diarios y literarias. Además, sus trabajos se nutren de las crónicas de viaje de la autora. Ello es patente en *El Viaje a Echo Spring*, en que Laing propone una relación directa del cuerpo fenoménico con la experiencia física del autor como cuerpo-sujeto, en el acto de escribir.

6. Laing ha publicado numerosas obras, entre las que se cuentan *To the River: A Journey Beneath the Surface* (2011), *The Lonely City: Adventures in the Art of Being Alone* (2016) y *Crudo* (2018). Tanto su producción de no ficción como de novelas comparte el interés por la introspección en dilemas de la subjetividad, el mundo privado, cuenta con componentes autobiográficos y ha sido publicada por reconocidas editoriales británicas, como Canongate.

7. Premio Windham-Campbell de literatura de no ficción (2018) y el premio James Tait Black Memorial por su novela *Crudo* (2019).

8. Considerando las variables de clase, género y raza, propuesta por los estudios feministas para analizar el posicionamiento de los sujetos en las relaciones de poder constitutivas de las sociedades capitalistas patriarcales, puede señalarse que si bien la autora cuyo libro se analiza es mujer (lo cual supondría una posición relativa de subordinación) la misma es de raza blanca y cuenta con una posición consolidada en el mercado editorial británico.

9. La autora elige este nombre como metáfora del viaje del Alcohol. *Echo Spring* es la marca comercial del Brandy que bebía Brick, el personaje ebrio de *Un gato sobre el tejado caliente* (1955) de Tennessee Williams.

El libro se ocupa de un grupo de escritores varones cuyas vidas cubren un arco temporal que abarca casi todo el siglo xx. Como se dijo, ellos son John Cheever, F. Scott Fitzgerald, Raymond Carver, Ernest Hemingway, Tennessee Williams y John Berryman. Desde las coordenadas del discurso médico, el canon literario y el contraste con fragmentos de su propia experiencia creciendo en una familia alcohólica, Laing se pregunta por la relación entre alcohol y literatura, por los vínculos entre estos hombres y por la posibilidad de que la escritura sea una vía de salida, un rescate, para sobrevenir la adicción. En este sentido ¿qué mira, y qué no, la autora en relación con los vínculos entre escritura, alcohol y las identidades de estos hombres? Se trata de una mirada dura, crítica, sobre los individuos y sus decisiones de vida. Sobre estos escritores (que se conocieron entre sí e incluso fueron amigos, que crecieron en familias disfuncionales, que vivieron sintiéndose inadecuados y sexualmente conflictuados), Laing elabora un juicio severo construido sobre la noción de negación de la propia enfermedad, de la propia responsabilidad, de la propia realidad. No obstante, en un párrafo, los rescata y explica por qué su interés en ellos:

Estas parecen vidas trágicas, las vidas de disolutos o derrochadores, y sin embargo,

estos seis hombres —F Scott Fitzgerald, Ernest Hemingway, Tennessee Williams, John Cheever, John Berryman y Raymond Carver— produjeron entre ellos algunas de las escrituras más hermosas que este mundo ha visto. Como Jay McInerney comentó una vez sobre Cheever: Ha habido miles de alcohólicos con conflictos sexuales, pero solo uno de ellos escribió ‘El ladrón de casas de Shady Hill’ y ‘Las penas del gin.’ (p.17)¹⁰

En la alquimia de la buena literatura yace la apuesta ética de la autora. Por ello, comenzamos nuestro recorrido con la única consideración abiertamente esperanzada de Laing, emanada de la impresión que le produjo la visita a la tumba de Raymond Carter, al ver la gran cantidad de mensajes que otros visitantes habían dejado allí, agradeciéndole por su literatura:

Me impactó que (...) todos estos extraños, anónimos y dolientes, estaban poniendo su fe en sus historias, en la capacidad de la literatura de, de algún modo, rescatarlos del sentido de dolor, de estar solos. Pienso en mí misma de niña y en cómo me convertí en lectora porque partes de mi vida eran insoportables (p. 233).

La literatura, la vida, el alcohol

El viaje a Echo Spring es un recorrido por la relación de estos autores y su obra

10. Esta y las subsiguientes traducciones son propias.

no con el *consumo*, sino con la *adicción* al alcohol. La autora emprende un viaje por las ciudades estadounidenses que cobijaron a estos escritores y plantea abiertamente: «no quiero divorciar el drama neural del alcoholismo del mundo, el veloz y sórdido mundo en que tiene lugar» (p.34). Planteado como un trabajo de archivo en que el corpus se nutre de textos ficcionales y no ficcionales como cartas, diarios, noticias, reportes médicos y entrevistas, las coordinadas epistémicas que organizan dicho archivo (la lente que filtra las observaciones y determina el orden de los pasajes tomados de las fuentes) son la ciencia médica–psiquiátrica y, en relación con ésta, el paradigma de la acción racional individual (encarnado en el voluntarismo moralista del modelo de Alcohólicos Anónimos). Cada acción, afirmación o reflexión realizada por estos escritores es contrastada por Laing con saberes de la ciencia médica. Incluso, intercala los testimonios con fragmentos de manuales psiquiátricos, entrevistas con profesionales médicos y el decálogo de Alcohólicos Anónimos (pp. 17, 29, 82, 112, 114, 154). De hecho, el libro comienza con una cita de un manual de medicina psiquiátrica. Esa primera anotación orienta qué secciones de ese saber interesan a la autora: «muchos alcohólicos parecen bastante grandiosos, pero al observar más de cerca se nota que su autoestima se ha

desvanecido» (p.7) Desde el inicio, Laing se concentra en un aspecto del cuadro alcohólico: la dualidad, la idea de que un sujeto alcohólico es, al menos, dos personas (p.109), premisa que rastrea a lo largo del texto caracterizándola como la «negación»¹¹ constitutiva «de todo alcohólico» (p.65). La autora construye y sostiene la idea desde el prisma psiquiátrico; destaca en ella la operación de no reconocer, de no asumir y de no responsabilizarse del sujeto bebedor y analiza sus desdoblamientos, fundamentalmente desde la teoría de las adicciones.

Así, a partir de la noción de negación, son expuestos tópicos como la masculinidad, la subjetividad, la ansiedad, las relaciones afectivas y la práctica de la escritura. De hecho, una de las primeras entradas en que se ve a la negación funcionar en clave explicativa, vuelve sobre la forma específica de los escritores alcohólicos de vincular literatura y experiencia:

Cuando el escritor es también un alcohólico, (...) esta migración [al papel] de la experiencia vivida se enreda con otro proceso resbaladizo: el hábito de la negación.

(...) En el caso particular del escritor que bebe, las formas en que el material autobiográfico es usado requiere más que el escrutinio ordinario, dado que lo que la negación significa, en la práctica, es una masa inconsistente que se mueve

11. La autora enfoca esta operación subjetiva desde el prisma de la psiquiatría.

desordenadamente entre recuentos honestos, automitologización y engaño [*delusion*]. (pp. 67 y 68)

A la negación, Laing propone enfrentar la realidad física y geográfica del viaje, del propio viaje; el colocarse en sitio de esas vidas, en:

Cada una de estas ubicaciones [que] había funcionado como una estación de paso o punto de partida en el que se habían representado las fases sucesivas de la adicción al alcohol. Al recorrerlas en secuencia, pensé que podría ser posible construir una especie de mapa topográfico del alcoholismo, trazando sus contornos en desarrollo desde los placeres de la intoxicación hasta las duras realidades del proceso de desintoxicación (p.21)

En cierta medida, este constituye un primer acto de desobjetivación como escritora mujer: emparda su viaje al de estos escritores hombres en sus respectivos caminos desde el alcoholismo a la recuperación o a la debacle y resuelve, para ya no volver sobre el tema, una pregunta que se presenta como más y más acuciante conforme se suceden las páginas: ¿por qué sólo hombres? Dice la autora: «Habría muchas escritoras que también podría haber elegido, pero por razones que se harán evidentes, sus

historias llegan muy cerca de la mía» (p. 16). Y sigue su viaje, ahora lo sabemos, protegida por la distancia.

Para establecer que la negación es un síntoma propio de un cuadro clínico, Laing cita la autoridad psiquiátrica del DSM-IV¹², estableciendo auténticos careos con los testimonios de los autores sobre sus propias vidas. A partir de este prisma, la negación adquiere dos formas: la negación plena [*denial*] (la ausencia de registro de la bebida como problema) y la tergiversación de las razones, recuerdos e interpretaciones ligados a la bebida [*delusion*].

Como ejemplo de la primera, Laing toma de las memorias de John Cheever un recuento de la primera vez que bebió *cocktails*. Cheever, de orígenes pobres y avergonzado durante toda su vida por ello, consigue su primer contrato editorial en Nueva York y es invitado a una recepción en el club de campo del editor. Cheever, «para parecer más sofisticado y que nadie sospeche dónde había nacido» (p. 46) bebió *manhattans* toda la noche. En esta entrada de su diario, Cheever hace foco en un fantasma que lo acechó durante toda su vida: el sentido persistente, a pesar de su consagración, de ser «un impostor entre las clases medias» (p. 48). Su pertenencia a dichos círculos estuvo, a sus ojos, ligada al consumo de alcohol y Laing lo expone en su fabulación:

12. Se trata del Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales (Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders: DSM-IV), publicado por la American Psychiatric Association de Washington en 1994.

En este ensueño, [el alcohol] no es un apetito vulgar y satisfactorio, sino parte de un elaborado código social, en que lo realizado correctamente y en el momento adecuado logra un sentido de pertenencia cuasi mágico (p. 50)

Un segundo ejemplo es el uso que Tennessee Williams le dio a la bebida como antídoto a su «timidez patológica» por lo cual, luego de años, recuerda haber sido puesto por sus médicos «bajo un régimen disciplinario de uno o dos tragos por día» en contraste con su anterior «vuelo demencial hacia la intoxicación y la distracción social» (p.40). Nuevamente, Laing toma el discurso médico para la clausura del sentido del recuento biográfico realizado por Williams.

Por su parte, Hemingway es un claro ejemplo, para Laing, de la segunda forma de negación: la formulación de razones para justificar la bebida –en su caso, más ligada a una épica de la vida. En una carta escrita en 1935, expresa que «la vida moderna es, también, una opresión mecánica y el licor es el único alivio mecánico» (p.73)

Su amigo Scott Fitzgerald compartirá con él la idea de que la bebida hace mejor al mundo. Beber mejora sus historias las cuales, de lo contrario, «[serían] estúpidas, pensadas y no sentidas» y, además, «es un escape [ante] la incertidumbre del mundo de hoy» (p.70). No obstante, en Fitzgerald la ambivalencia de la relación alcohol–

escritura–vida se refleja más abiertamente. En una carta a su editor y amigo Max Perkins, dice: «He tomado demasiado y ello con certeza me está demorando. Por otra parte, sin el trago no sé si hubiese sobrevivido a este tiempo.» (p. 61)

Según Laing, al contrario de Fitzgerald, Hemingway «mantuvo la creencia, imposible de sacudir, en la benevolencia esencial del alcohol, en su habilidad de nutrir y recuperar» (p.74). A pesar de ello, Laing admira a Hemingway no sólo como escritor, a diferencia de sus opiniones un tanto condescendientes sobre las personalidades torturadas de Cheever, Berryman, Fitzgerald y Carver. De manera notable, las huellas de esta diferencia emergen en los pasajes en que el tópico de la masculinidad, de la valentía, de la entereza son puestos en juego. Tal es el caso del intercambio epistolar entre Hemingway y Fitzgerald a raíz de la confesión pública del último sobre sus tormentos mentales y su derrumbe [*breakdown*] (p. 75).

En primera instancia, como dice Laing, Hemingway parece reservar una capacidad gallarda a la identidad del escritor ebrio. Si no, cómo explicar que su crítica pública a la debilidad de su amigo comience señalando que «era difícil aceptarlo como un borracho, dado que era afectado por cantidades muy pequeñas de alcohol» (p.76). Laing refiere a la creencia difundida ampliamente de que «la tolerancia al alcohol de Hemingway era legendaria» y de que esto era aún otra

de las formas en que la negación se hacía presente: «lo que no ocurría, y lo que él evidentemente asumía que sí, era que de alguna manera esa alta tolerancia fuese de alguna manera normal o deseable» (p. 77). Acto seguido, Laing interpone la explicación médica de que lo que se percibe por el alcohólico como tolerancia no es sino un estado avanzado de las adaptaciones neurológicas al deterioro causado por el alcohol (p. 78). Ello no obsta para que Hemingway construya la acusación a su amigo —que presenta dejos de un reclamo de haberlo dejado sólo ante ese «... ‘asesino gigante’ sin el cual no hubiese podido vivir o querido vivir, por momentos y [que] fue el veneno de Scott» (p.72).

Ernest Hemingway asegura, en carta a Max Perkins, que su amigo forma parte de la «gente rota en pedazos» y, en lenguaje bélico (muy a tono con su masculinidad recia) no duda en afirmar que, de haber logrado enlistarse para la Gran Guerra, «hubiese sido fusilado por cobardía» (p.145) En otra carta, se lamenta: «Esperaría que pueda salir de esa desvergüenza de la derrota. Todos vamos a morir. ¿No es ese tiempo suficiente

para renunciar [*quit*]?» (p.146). En su literatura, Hemingway también condena la cobardía (Varela, 2005). En *Por quién doblan las campanas*¹³, Robert, partisano en la Guerra Civil Española, reniega de la cobardía de su padre y hace del coraje una religión aunque, se apresta a marcar Laing, el héroe «ayuda a su valentía con libaciones de lo que llama ‘el gigante agresivo’». No obstante, Hemingway no narra historias lineales, menos aún respecto de un tema que fue central en su propia vida, como la bebida. En *Por quién doblan las campanas* a los buenos bebedores, como Robert, se oponen quienes sucumben al alcohol, como Pablo, el ex guerrillero cuya cobardía casi causa la pérdida de su grupo. De todas maneras, el problema no es ser un ebrio sino, precisamente, ser un cobarde.

El punto es que, a las representaciones y confesiones de sus escritores, Laing responde con desconfianza y acusaciones de negación, sustentadas en un saber médico que define a los pacientes alcohólicos como intrínsecamente mentirosos, negadores, manipuladores. Hemingway escapa a eso porque jamás pide perdón

13. La novela fue publicada en 1940 (Hemingway, 1940). Versa sobre la Guerra Civil Española y su narrativa puede considerarse construida en parte por su labor como corresponsal de guerra en el conflicto (Varela, 2005). En este texto Hemingway se adentra en las contradicciones humanas y políticas, fundamentalmente del bando republicano al que era afín (Roldán Torreño, 2014). Adicionalmente, su preocupación por la relación entre la ideología y las contradicciones de la condición humana puede completarse con la lectura de su obra menos conocida *La Quinta Columna* (Hemingway, 1978). Se trata de la única obra de teatro del autor. Estrenada en 1940, ella no sólo abona la pasión de Hemingway por la temática bélica, por retratar la cobardía y la valentía en sus personajes, sino que se detiene en la problemática del alcoholismo.

por su bebida: ni a sí mismo, ni a sus afectos, ni a sus lectores.

Esa desconfianza se expresa cuando la tensión entre las identidades de escritor y de alcohólico se despliega abiertamente. En 1966, Cheever anota en su diario a propósito de Fitzgerald y en contraste con el juicio draconiano de Hemingway:

El escritor cultiva, extiende, eleva e inflama su imaginación. A medida que inflama su imaginación inflama su capacidad de ansiedad e inevitablemente se vuelve víctima de fobias aplastantes que sólo pueden ser mitigadas por dosis aplastantes de heroína o de alcohol (p.122)

Laing interpreta esto como una más de las negaciones de un alcohólico, esta vez, disculpando a un amigo alcohólico. En este sentido, subsume la identidad de escritor a la de adicto en tanto expresa:

Los autores están por cierto sujetos a tensiones inusuales, no obstante, lo que este enunciado realmente transmite es una negativa a aceptar responsabilidad lo cual es evidente en todas las notas excusatorias de los alcohólicos (p.122)

Más adelante, Laing encuentra en su caso testigo de recuperación, John Cheever, una luz de esperanza respecto de la capacidad

de objetivar la negación en la relación entre escritura y alcohol. Retoma una entrada en su diario, de 1968, en que dice:

Debo convencerme de que escribir no es, para un hombre de mi disposición, una vocación autodestructiva. Espero y pienso que no lo es, pero no estoy genuinamente seguro. Me ha dado dinero y renombre, pero sospecho que eso tiene algo que ver con mis hábitos de bebida. La excitación del alcohol y la excitación de la fantasía son muy similares (p.122)

Cerramos este apartado con una mención al tópico de la locura. Este hace su entrada como una más de las «excusas» (p.72) de los escritores para beber: sea escapar de la propia locura o tramitar la locura del mundo, no logran, dice Laing, asumir que ésta es consecuencia de la bebida —en la forma de pérdidas de memoria (p.112), de insomnio y fabulaciones (p.122), de pensamientos suicidas (p.195).

En una de las tantas ocasiones en que Cheever se pregunta en sus diarios si «me habré vuelto loco,» Laing interpone una respuesta categórica que vuelve a traer al ruedo la noción estructurante de la negación: «No exactamente. Estaba experimentando el legado de todos esos años de beber. Las medidas de gin y copas de bourbon que había consumido por miles» (p.110) ¹⁴

14. En términos de estrategias discursivas, cabe también mencionar la elección de ciertos términos. En este pasaje, Laing habla de *hookers* [jarra, copa, pero también, alocución para prostituta] de bourbon. Aunque →

Ahora bien, si la pregunta por la locura no responde la fatalidad del alcoholismo ¿qué lo hace? En sus papeles personales, estos escritores sugieren, apuntan y a veces acusan directamente, a las mujeres de sus vidas.

Exordio sobre alcohol y mujeres

Planteamos en esta sección un conjunto de entradas que hacen emerger a las mujeres de las historias y las vidas de estos escritores. Elegimos tomar estas consideraciones en un apartado propio dado que una estrategia recurrente de Laing muestra, en este tema, un contraste que puede considerarse normado por el género (tanto en lo estético como en lo social). A diferencia de las interjecciones, objeciones, correcciones y develamientos que la autora impone ante cada una de las «negaciones» propuestas por los escritores alcohólicos sobre sus acciones, Laing elije no contestar las miradas de éstos sobre las mujeres de sus vidas. No propone juicios duros sobre la mirada machista que éstos despliegan, sobre la responsabilidad anidada que depositan en estas mujeres como causa o elemento necesario de su beber. En tal sentido, la desubjetivación de la autora se refrenda en el plano de los recursos retóricos. Nos detendremos, para figurar esta diferencia, en algunas

pocas entradas que ilustran hasta qué punto los cuerpos fenoménicos de las mujeres son dotados de responsabilidad en la bebida de los varones.

Dos pasajes son especialmente gráficos sobre los roles asignados a la mujer, respecto del alcohol. Laing, hablando sobre su abuela, expone cómo la mujer es pieza clave del silencio familiar que la adicción requiere para sostenerse:

Cuando pienso en mi niñez, lo que veo más frecuentemente es un juego de monos de bronce que mi abuela tenía sobre el hogar, con sus manos tapando sus ojos, orejas y boca. Oír ningún mal, ver ningún mal, hablar ningún mal: la santa trinidad de la familia alcohólica (p.103).

Encontramos otra entrada respecto del silencio femenino como condición necesaria del alcoholismo masculino, cuando Laing se detiene en el recuento de Cheever sobre una de sus incursiones en el tratamiento psiquiátrico. A su mujer, Mary, le dice que consultará para abordar su problema con la bebida pero, cuando llega al consultorio, expresa al profesional que se encuentra allí por los ánimos negros [*blackmoods*] de Mary, que le provocaban una «incurable sensación de soledad, miseria y depresión» (p.114)

se requiere un análisis íntegro de estos recursos en el libro y el resto de su obra, no puede soslayarse este guiño, vía la utilización de un término a la vieja usanza en lo que por otra parte es un texto de estilo dinámico, contemporáneo, cosmopolita.

Laing señala que su diario está poblado de quejas sobre Mary: que era fría, distante, que hacía comentarios mordaces. Cheever anota, descreído, cómo el psiquiatra replica que, en verdad, al ser «egoísta y narcisista» él «inventó» una esposa desamorada.

No queda claro hasta qué punto fue así; de todas maneras, otra entrada confirma que, en la mirada de Laing, Mary fue una parte necesaria en el alcoholismo de su marido gracias a su silencio: «Mary Cheever se dio cuenta de que su marido no era enteramente heterosexual mientras presenciaban la primera producción de Broadway de *Un tranvía llamado deseo* [pero] jamás lo confrontó sobre ello» Preguntada sobre la razón de su silencio, Mary esgrime motivos piadosos: «Oh, no. Dios! (...) Estaba aterrado de eso él mismo» (p.44)

Finalmente, un punto de encuentro (contingente y extemporáneo) entre Berryman y Cheever termina de ilustrar las funciones representadas por la mujer en estas vidas contadas por varones. John

Berryman dice haber comenzado a tomar en 1947, por la culpa que le generó enamorarse de la esposa de un colega y haber vivido un *affaire* con ella (p.175). La figura clásica de la mujer como tentadora¹⁵, a la que sucumbe Berryman, se completa en pasajes de su obra y en la intertextualidad desplegada en su correspondencia con su madre. Laing reproduce (p.199) su *Dream Song 96*¹⁶:

Debajo de la mesa, no. Esto es impresionante.
Ese jarro tenía pechos.

Algunos hombres crecen malditos/
¿Por qué beber así, dos días seguidos,
dos meses, o estaciones, años, dos décadas
de corrido?

Respondo (sonríe) a mi pregunta en el puño:
Hombre, he estado sediento (Berryman,
1959:s/p)

En una compilación epistolar entre ellos, su madre dice que cuando John era pequeño, darle de amamantar la hacía consciente del «éxtasis de su necesidad.» Sobre esto, Laing observa: «qué cosa

15. La figura de la tentadora no adquiere siempre tenor sexual. Al referirse a *Las nieves del Kilimanjaro* de Hemingway, originalmente publicada en 1936 (Hemingway, 1999), Laing retoma cómo el protagonista explica por qué no ha llegado a ser un mejor escritor. Las razones que encuentra para ello son, en igual medida, la bebida y la figura de su esposa rica, por la que confiesa haberse dejado comprar y que le trajo la «gangrena» de la proximidad del dinero (p.143).

16. El poema está incluido en *The Dream Songs* (Berryman, 1969). Se trata de una obra icónica del autor en que Berryman presenta, en un estilo impresionista, los devaneos de Henry, un personaje torturado que intenta expiarse y curarse a sí mismo volcando el contenido de sus sueños en forma de versos. La compilación se distingue por su heterogeneidad, ya que cuenta con poemas intimistas y volcados a la subjetividad de su protagonista que conviven con otros que refieren a la vida del hombre del siglo XX.

peligrosa de inculcarle a un hijo!» Una vez más, la autora se des-subjetiva como mujer y asume la voz normativa de la ciencia médico-psiquiátrica, respecto de la normalidad en la crianza.

No obstante, resulta sugerente que, hacia el final del libro, la voz autoritativa sobre estos procesos de negación sea, de la mano del saber médico-psiquiátrico, una mujer (ella misma, terapeuta). En su última internación *detox* en Nueva York, John Cheever leyó a Berryman y, al enterarse de ello, su terapeuta-consejera los comparó explícitamente. Cuando en una sesión de terapia de grupo Cheever no cesaba de vanagloriarse de sus proezas sexuales y literarias, que él adjudicaba en parte al alcohol, le dijo: «Además de excelso poeta, Berryman fue un impostor y un borracho. Y ahora está muerto ¿Es eso lo que quieres?» (p.206).

A modo de recapitulación

El viaje a Echo Spring es un libro fascinante. Es complejo, claramente fruto de un trabajo incansable y dotado de la valentía que supone hacer del cuerpo físico, una parte central de la experiencia de la escritura. Además, aborda un tema como el alcoholismo que, aún en el día presente, resulta locus de tabúes, preconceptos y velos de silencio. Al menos en ello, podemos compartir la mirada de Olivia Laing quien, en un último gesto de valentía, explicita su historia dentro de una familia alcohólica como motor para emprender

este viaje literario. Entendemos que, con esta confesión, Laing no sólo explica los motivos de su libro, sino que pretende sortear el pecado inicial, según ella lo entiende, de todo alcohólico: la negación.

De todas maneras, las preguntas que se han disparado en nosotros al leer el libro y que, en buena medida, han incitado la elaboración de este ensayo, corren por los andariveles que el feminismo como corriente tornasolada de pensamiento propone al analizar la dimensión cultural de la vida: siempre tener en mente la relación entre la dimensión estética y la social.

En este sentido, debemos confesar que no hallamos en Laing (por qué lo esperábamos, es harina de otro costal) una crítica al discurso médico-psiquiátrico sobre el alcohol —de hecho, estructura toda la obra en función de confirmarlos. No encontramos, tampoco, un cuestionamiento a la mirada patriarcal que hace de las mujeres (en este caso, mujeres como subjetividades narradas en historias de varones) poco más que piezas necesarias en la reproducción de una afección que es entendida como responsabilidad del individuo que la padece. La categoría con que Laing confirma esto, conforme pasan las páginas y las experiencias entrelazadas en lo que por otra parte resulta un trabajo de archivo monumental, es la de la negación.

Habiendo establecido que sus sujetos son alcohólicos (y luego escritores) la autora demuestra, entrada a entrada, cómo ellos niegan su enfermedad, disfrazándola

de valentía, de grandiosidad, de distinción, o adjudicándole la responsabilidad de ella (cuando admiten su existencia) a las mujeres de su vida. En este sentido, se puede considerar que las representaciones sobre el alcohol presentes en *El viaje a Echo Spring* construyen una performatividad que, en su mayor parte, reproduce los lugares comunes de la epistemología y la moral occidental: la patología individual, el voluntarismo, las relaciones entre los géneros normadas de acuerdo con roles asimétricos y preestablecidos.

Aun así, en esta disposición de predominio reproductor del reglamento de

género como condición de inteligibilidad cultural (Butler, 2006) la literatura parece ofrecer una vía de emancipación posible. Para algunos, como John Cheever, en la escritura como acto y como la profesión que le permitió reconocer que «no estoy en este mundo; estoy apenas cayendo, cayendo» (p.110) y a partir de allí, emprender su recuperación. Quizás para otros, como Hemingway, en la terca reivindicación de que escribir, ebrio o no, era crear un universo y de que, en cuanto refiere al alcohol, al amor y al poder «al hacer nuestro propio infierno, ciertamente debería gustarnos» (p.57).

Bibliografía citada

- Ahmed, S. (2014). *The Cultural Politics of Emotion*. London: Edinburgh University Press.
- Angenot, M. (2010). *El discurso Social. Los límites históricos de lo pensable y lo decible*. Buenos Aires: Siglo XX.
- Barreiro, J. (2017). *Alcohol y literatura*. Madrid: Menoscuarto Ediciones.
- Berryman, J. (1959). *The Dream Songs*. New York: Farrar, Straus and Giroux.
- Butler, J. (2006). *Gender trouble: feminism and the subversion of identity*. New York: Routledge.
- Derrida, J. (1997). *Mal de archivo. Una impresión freudiana*. Madrid: Editorial Trotta.
- Dietler, M. (2006). Alcohol: Anthropological/ Archaeological Perspectives. *Annual Review of Anthropology*, 35, 229– 49.
- Douglas, M. (1987). *Constructive drinking: perspectives on drink from anthropology*. Routledge: London.
- Heath, D. (1987). A decade of Development in the Antropological Study of Alcohol Use. En Douglas, M. *Constructive drinking: perspectives on drink from anthropology*. Routledge: London.

- Hemingway, Ernest (1940). *For Whom the Bell Tolls*. Nueva York: Charles Scribner's Sons.
- Hemingway, E. (1978). *La quinta columna*. Madrid: Bruguera.
- Hemingway, E. (1999). *Las nieves del Kilimanjaro*. Barcelona: Noguer y Caralt.
- Gamba, S. y Diz, T. (Comps.) (2019). *Nuevo diccionario de estudios de género y feminismos*. Buenos Aires: Biblos.
- Lander, E. (2000). *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: Clacso.
- Laing, O. (2011). *To the River: A Journey Beneath the Surface*. London: Canongate.
- Laing, O. (2013). *The Trip to Echo Spring. Why Writers Drink*. Edingburg-London: Canongate.
- Laing, O. (2016). *The Lonely City: Adventures in the Art of Being Alone*. London: Canongate.
- Laing, O. (2018). *Crudo*. London: Canongate.
- Salvatore R. y Barreneche, O. (Eds.) (2013). *El delito y el orden en perspectiva histórica*. Rosario: Prohistoria Ediciones.
- Menéndez, E. (2020). *Morir de alcohol. Saber y hegemonía médica*. Buenos Aires: EDUNLa.
- Roldán Torreño, M.A. (2014). Ernest Hemingway: Su visión sobre la Guerra Civil Española. *Ab Initio*, 9, 131-152.
- Room, R. (2001). Intoxication and bad behaviour: understanding cultural differences in the link. *Social Science & Medicine*, 53, 189-198.
- Saignes, T. (1983). *Borrachera y memoria: la experiencia de lo sagrado en Los Andes*. Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos.
- Scott, J. (2009). *Género e Historia*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Sedran, P. (2021). Sobre una historia posible del alcohol: preguntas, premisas y prejuicios desde el caso de Santa Fe, Argentina. 1870-1930. *Revista Contrapunto UFPI*, 10 (1), e18.
- Sedran, P. (2024). Consideraciones teóricas y metodológicas para la construcción de un archivo histórico sobre el alcohol con la excusa de un análisis descentrado. En Fernández, S. Oliveira Sampaio M. (Comps.), *El desafío de los archivos en la práctica historiográfica. Argentina y Brasil*. Rosario: Estudios del ISHIR. En prensa.

- Varela, J. (2005). La visión de Hemingway de la guerra civil española en *Por quién doblan las campanas*. *Garza: revista de la Sociedad Española de Estudios Literarios de Cultura Popular*, 5, 209–235.
- Vivero Marín, C.E. (2016). Género y teoría literaria feminista: herramientas de análisis para la aproximación social desde la literatura. *Sincronía*, 70, 114–134.